THE HORUS HERESY®

Andy Smillie

HERALD OF SANGUINIUS

The dream of Imperium Secundus lives or dies with its newly crowned Emperor



LA HEREJÍA DE HORUS

EL HERALDO DE SANGUINIUS

ANDY SMILLIE

ADEPTVS‡TRANSLATES

Y



DRAMATIS PERSONAE

Primarcas

SANGUINIUS	Primarca de los Ángeles Sangrientos
LION EL´JONSON	Primarca de los Ángeles Oscuros

La Legión de los Ángeles Sangrientos

AZKAELLON	Comandante de la Guardia Sanguinaria
ALATRON	Hermano de la Guardia Sanguinaria
HARATIAL	Hermano de la Guardia Sanguinaria

La Legión de los Manos de Hierro

SARDON KARAASHISON	Oficial de los Manos de Hierro

Se necesitan dos muertes para guardar un secreto.

Desenvaino.

Esta verdad es tan antigua como el tiempo mismo, y mucho más cruel ahora; es una verdad que me va a obligar a romper los vínculos de hermandad de mi legión. Es por esta verdad por la que estoy aquí, sosteniendo mi espada, amenazando la garganta de mi hermano. Su nombre es Haratial, y ésta es la última vez que lo veré. Es un veterano condecorado de la Guardia Sanguinaria, un leal campeón de Baal. Aun así, el destino le ha robado todo aquello por lo que ha luchado toda su vida. Todos sus logros, todos sus triunfos, todas sus glorias serán olvidadas. No recibirá sepultura, ni se registrará su nombre en la Letanía de los Héroes. Morirá aquí, morirá completamente y, como nuestro distante pasado, ni se lo recordará ni se lo llorará.

Es admirable ver que abraza su destino como lo hace.

Está en pie frente a mí, con la cabeza ladeada, ofreciéndome la garganta, los brazos caídos; sus ojos brillan con la firmeza de la convicción tanto como sus pupilas son del negro mate de la aceptación.

Nota mi vacilación.

—El deber nos lo exige, Azkaellon. No me deshonres con la pena ni con el arrepentimiento.

Asiento.

—Que la sangre te guarde.

Mi hoja lo decapita de un solo golpe. Muere antes de desplomarse en el suelo.

Aprieto los dientes para ahogar el pesar que noto en la boca, y me giro para encarar al único otro ocupante de la sala, Alatron, otro de mis guardias sanguinarios. Aprieta la mandíbula con fuerza, su mirada clavada en el largo pedazo de yesca que todavía sostiene en la mano.

—No es justo que haya sido el destino el que haya decidido hoy quién vive y quién muere. Si lo hubiéramos decidido con las espadas quizá sería yo el que estaría ahora tendido en el suelo.

Envaino mi espada.

—Tus méritos te han traído hasta esta sala, igual que los suyos. Pero al final, Alatron, toda vuestra habilidad y todo vuestro celo *sólo* os podían traer hasta aquí. Todos estamos sujetos a los antojos del destino.

El gesto de Alatron es de contrariedad, pero no dice nada. Es duro para un guerrero aceptar que su vida no está en sus propias manos, pero ambos hemos visto muchos proyectiles robar vidas que no lo merecían.

—Y no te equivoques —continúo—. De ahora en adelante, estás tan muerto como él. Tu nombre no volverá a pronunciarse ni a oírse, y tu vida tal y como la conocías acaba aquí. Aunque mi hoja no abra tu carne, tu destino también ha sido sellado por el martillo del artífice que ha sellado el suyo.

Me acerco al brasero que arde junto a una de las paredes y cojo la máscara colocada sobre él, las llamas lamen mi guantelete. El metal casi está fundido, y parece enojado bajo mis dedos. La cara representada es de una factura intrincadísima, una réplica perfecta de la del yelmo de nuestro padre Sanguinius. Por un momento me recreo la vista en ella, admirando el arte con que ha sido labrada. Es nuestro propio primarca quien la ha esculpido.

Me vuelvo hacia Alatron.

—¿Listo?

Asiente, y se arrodilla ante mí. Le sostengo la nuca con fuerza.

—Que la sangre te de la fuerza para resistir.

Es entonces cuando aprieto la máscara contra su cara.

El ambiente de la cámara está sobrecargado, como si estuviera a punto de detonar. La lucha es inminente. Se derramará sangre, y esta inestable alianza entre hermanos

se desmenuzará. Los muros de esta fortaleza se derrumbarán. Imperium Secundus caerá, y con él lo único que queda del reino del Emperador.

—Apártate de mi camino, ángel. No te lo pediré una vez más.

Me muevo para interceptar a Sardon Karaashison en el momento en el que atraviesa el cordón entre Mendrion y Dual. Hay rabia en el fulgor de las lentes de su casco. Me detengo a su lado, manteniendo la voz baja.

—¿Aceptarás ser el catalizador que nos empuje a la desgracia, hermano?

—¿Cómo? Explícate, Azkaellon.

—Mira a tu alrededor, Sardon —digo mientras hago un gesto hacia mi Guardia Sanguinaria casi sobrepasada, la delgada línea de servoarmaduras doradas que sufre bajo la presión de los demás legionarios que claman por una audiencia con el emperador Sanguinius—. Caminamos sobre el filo de una cuchilla. La incertidumbre, la frustración, la desconfianza… son enemigos frente a los que no estamos preparados para combatir. Lo que Lord Guilliman ha levantado aquí es un frágil reino. Una única piedra que caiga de sus cimientos por tu ira será suficiente para derribarlo —el mano de hierro comienza a ver lo que yo veo, la gestación de una nueva guerra—. ¿De verdad quieres dar a Horus esa satisfacción?

Entonces da un paso atrás e inclina la cabeza avergonzado.

—Podemos esperar un día más sin nuestra audiencia. Pero Sanguinius no puede ignorar a la X Legión.

—Y no lo hará. Os escuchará, pero no ahora.

—¿Cuándo?

—Veré lo que…

—Dile a mi hermano Sanguinius que *yo* hablaré con él.

Reconozco la voz inmediatamente, la suave amenaza de su tono es una con la que ya estoy familiarizado. Hago acopio de calma antes de girarme y encarar al León.

El primarca de los Ángeles Oscuros viste armadura completa. En una mano porta su casco, la otra descansa sobre el pomo de su espada. A su alrededor, diez de sus

veteranos lo acompañan, blindados con las masivas servoarmaduras de Exterminadores.

—Otros asuntos demandan la atención del emperador Sanguinius. En cuanto esté disponible le…

—*Ahora*, comandante.

El León se alza frente a mí, su altura y envergadura muy superiores. Como todos los primarcas, es un dios guerrero bajo cualquier punto de vista. Aun así, tengo que hacer un esfuerzo para refrenar el impulso de desenvainar: su burdo alarde de poder nos pone en peligro a todos. Al final, es el deber —no el miedo— lo que me permite controlarme.

—Con el mayor de los respetos, mi señor, ya conocéis las normas. Sólo una cohorte puede entrar en la sala del trono cada vez, salvo instrucción directa de lord Sanguinius. No he recibido tal instrucción.

—No me desafiarás.

No es una pregunta.

Por primera vez en semanas, la sala queda en silencio. Sé sin necesidad de mirar a mi alrededor que todos los ojos están clavados en nosotros. Debo elegir mi próximo movimiento con cuidado. Si cedo, el poco orden que queda se perderá; pero si me enfrento al León, me arriesgo a fragmentar esta alianza un poco más.

—No puedo desobedecer a mi padre. Pero esperad aquí, mi señor, y le solicitaré que os reciba.

—No tardes.

Doy la espalda al León y me dirijo a las puertas cerradas. Antes de cruzarlas abro un canal de voz para hablar a la Guardia Sanguinaria.

—Mantened la posición. Nadie cruza la línea. *Nadie*.

Cuando atravieso las puertas y las cierro tras de mí, me encuentro en la antecámara. Sólo tiene una docena de pasos de longitud, y unas altas y diáfanas ventanas permiten el paso de la luz a ambos lados. El centro de la misma lo domina una estatua de mármol del Emperador, el Emperador original. No es la mejor

representación que he contemplado del Señor de la Humanidad, pero es más que un mero monumento. En el interior de la piedra hay cargas explosivas, a la espera de ser activadas. Miro de nuevo a las ventanas, imaginándolas saltar en pedazos cuando un detonador invisible haga estallar la estatua; puedo imaginarme las letales esquirlas atravesando el espacio, cercenando miembros y acabando con las vidas de los posibles intrusos. También siento un escalofrío que me recorre la espalda.

—Que la sangre nos guarde de medidas tan desesperadas…

Esta cámara, como todas en la Fortaleza de Hera, se ha diseñado con la fría y calculada funcionalidad propia de Guilliman, decorada sólo con la suficiente elegancia como para que los presentes bajen su guardia. Me permito ser engañado por un breve momento, saboreo un segundo de solaz antes de cruzar las puertas al otro lado y llegar a la sala del trono.

Me dirijo hacia mi padre en cuanto entro tras hacer una reverencia en el umbral.

—Lord Sanguinius.

Ésta es la segunda sala del trono más grande de toda la fortaleza, una cámara alargada, su alto techo sostenido por una serie de columnas de granito, su suelo recorrido por una larga alfombra roja. La sala del trono principal sigue estando reservada para Guilliman, puesto que es el señor de Ultramar; incluso coronado como el nuevo emperador, mi padre no le faltaría al respeto reclamándola para él… No. Hay algo más, no es una mera cuestión de respeto. La posición actual en la que se encuentra mi primarca le es ingrata: su permanencia en esta cámara es su protesta, su objeción silenciosa contra el título que le otorgaron sin permitirle la decisión de rechazarlo.

—Ya te lo he dicho antes, Azkaellon, no es necesario que me saludes con una reverencia.

Mi padre está sentado en su trono al fondo de la sala; sus alas están firmemente plegadas a su espalda, acomodadas en un hueco practicado en el respaldo.

—Intentaré atemperar mi desobediencia, mi señor.

Sanguinius se pone en pie y baja los escalones de mármol del estrado del trono. Su armadura emite un fulgor dorado, sus alas se extienden tras él como una capa de

nieve virgen. Bajo los ojos, sobrepasado por su majestuosidad. Si la esperanza fuera algo tangible, él seguramente sería su manifestación.

—¿Qué problemas me traes esta vez?

El rostro de Sanguinius es inescrutable, pero lo conozco lo suficiente como para percibir el leve tono de cansancio en su voz.

—Las legiones no dejan de agolparse en la puerta. Sardon Karaashison de los Manos de Hierro solicita una audiencia, al igual que el sargento Raln de la VII Legión, al igual los hijos del Khan, y al igual que mucho de los Ultramarines y oficiales de Guilliman. No obstante, en conciencia no puedo permitirles el paso: cualquiera de ellos podría suponer una amenaza que no hayamos sido capaces de prever.

—Pero no puedo gobernar oculto tras un muro de desconfianza.

—Entonces permitidnos simplemente que seamos precavidos. Dejad que la Guardia Sanguinaria afronte los riegos. Permitidnos actuar como vuestros heraldos.

Tras un momento de pausa, accede.

—Muy bien.

Asiento y me doy la vuelta.

—Espera —dice; quizá si hubiera llevado puesto mi casco mis ojos no me habrían traicionado—. Hay algo más, Azkaellon. Habla.

—El León —respondo, y hago una breve pausa para escoger mis palabras con cuidado—. La huída de Curze lo nubla —trago, forzando el resto de las palabras a salir de mi boca—. Su mano está crispada sobre su espada…

—¡La lealtad de mi hermano es incuestionable! —me interrumpe—. ¡Es el señor de la I Legión, está más allá de todo reproche!

—No dudo de su intención, mi señor, ¿pero qué hay de su juicio?

—Ni una palabra más, Azkaellon…

Sanguinius da un potente salto, y con un único poderoso batir de alas se sumerge en la oscuridad más allá del balcón de la sala. En su ausencia, me llevo el puño al pecho y saludo al trono vacío.

Es sólo entonces cuando reparo en que la larga espada que reposaba junto al trono cuando entré, ya no está.



—Este honor debería ser tuyo, Azkaellon, eres el más digno de…

—No —niego con la cabeza interrumpiendo a Alatron—. No puedo ser a la vez heraldo y guardián de nuestro padre. Vosotros diez sois la élite de la Guardia Sanguinaria, parangones de la herencia de Baal, los primeros entre la legión de Sanguinius. Este honor recaerá sobre uno de vosotros.

Dejo que mis ojos recorran a los diez ángeles sangrientos que permanecen en pie frente a mí. He luchado junto a todos ellos, hemos derramado sangre juntos, nos hemos enfrentado a horrores inimaginables. Son mis hermanos y mis amigos, y los he puesto en peligro de muerte muchas veces antes sin dudar un segundo. Y sin embargo, lo que les he pedido ahora pesa sobre mi alma como si fuera una bota blindada sobre mi garganta.

—Entonces no perdamos más tiempo.

Es Haratial quien ha hablado y es el primero en dar un paso al frente, un acto típico suyo. Sus ojos se cruzan con los míos, pero ninguno decimos nada cuando coge uno de los pedazos de pergamino que contiene la copa que sostengo entre las manos. Desdoblándolo, lo muestra a sus hermanos: está manchado con una única gota de sangre.

Uno a uno, los demás hacen lo mismo, hasta que es Alatron el que coge el otro pedazo marcado. Asiente en silencio y se coloca al lado de Haratial.

Recojo sus dos pedazos de pergamino y me acerco al atril sobre el que descansan un tintero, una esbelta pluma y un cáliz de oro. La pluma es magnífica, del blanco más puro, extraída de un ala del propio Sanguinius.

—Por el cuerpo de nuestro padre, la verdad queda escrita.

El tintero contiene sangre, se mantiene caliente para evitar que ésta se coagule. Me quito el guantelete, mojo la pluma y con largos trazos escribo los nombres de Alatron y Haratial en los pedazos de pergamino que me han entregado.

—Por su sangre, será recordada.

Meto los trozos de pergamino en el cáliz.

—Y por nuestra sangre, será honrada.

Con un cuchillo de combate me hago un corte en la palma de la mano. Después aprieto el puño hasta que mi sangre gotea también dentro del cáliz.

Los otros ocho guardias sanguinarios que abandonarán la sala hacen lo mismo, contraen una deuda de sangre conmigo. Cuando han terminado añado un pedazo de yesca y le prendo fuego. Cuando se consume con una llama azulada ha consumido el papel. Con los dedos remuevo la mezcla de sangre y cenizas y doy un sorbo del cáliz. Aprieto los labios: es amargo, aunque no del todo desagradable; me reconforta un poco pensar que puedo aceptar el sabor de este pesar. Trago.

—Está hecho —susurro—. Que nuestro señor Sanguinius nos de la fuerza para soportar esta carga.

—¡Gloria a Baal! —responden al unísono mis guerreros.

Entonces ocho de ellos salen de la sala, dejándome a solas con Alatron y Haratial.

Me quedo en pie un momento, inmóvil, como clavado por las dudas que me asaltan. ¿Cómo es posible que haya llegado a esto, al punto de tener que acabar con las vidas de los míos? ¿Es la necesidad la que dicta mis acciones, o la paranoia? ¿La sangre que voy a derramar está justificada? Miro en mi interior en busca de respuestas, pero sólo encuentro el oscuro hueco de la incertidumbre. Quizá cuando haya muerto y haya desaparecido, cuando mi sangre y mis huesos no sean más que polvo esparcido por el viento, la historia se hará las mismas preguntas. Y quizá entonces alguien dará con las respuestas.

—Que la sangre os guíe.

Entonces alzo el puño, ofreciendo a Alatron y Haratial las puntas de dos hebras de yesca que sobresalen por encima de mis dedos.

—¿Qué engaño es éste? —dice el León mientras se gira hacia mí entrecerrando los ojos, su voz profunda vibrando de ira, apuntando con su dedo a la dorada figura que permanece sentada en el trono—. Ese no es Sanguinius.

A su alrededor su guardia de honor de la Deathwing aprietan los dedos alrededor de sus armas.

Alzo las manos mostrando las palmas en un gesto de paz.

—Estáis en lo cierto, mi señor. Nuestra intención no es ocultarnos tras mentiras. Su parecido con nuestro padre no es más que una muestra de respeto.

—¿Dónde está mi hermano?

El León habla despacio, cada palabra teñida de amenaza.

—Con todo respeto, si el emperador Sanguinius quisiera que lo supierais os lo habría dicho.

—Tú me lo dirás.

Sus ojos son como ascuas ardientes, pero sostengo su mirada.

—No lo haré.

—Tienes el corazón de acero, ángel —dice con reconocimiento mientras se acerca a mí; la suya es una furia íntima, su amenaza es personal—. Pero estoy seguro de que mi espada lo atravesará igual que a otros cientos antes.

Además de las sutiles líneas de ira que crispan su rostro, hay otra que llama mi atención. Es una herida apenas perceptible, una laceración fina como un cabello, es… No, en seguida comprendo que no es simplemente una herida: es un insulto, una indignidad cometida con la punta afilada de una hoja. No existe astartes capaz de haber marcado así al León…

—No temo morir, mi señor, por vuestra mano ni por la de cualquier otro. El deber me ha exigido cosas mucho peores que entregarme al olvido.

El León me mira intensamente un momento, y entonces asiente.

—Si mi hermano entendiera el deber tan claramente como tú… —entonces me aparta a un lado y se acerca al trono—. ¿Y cómo debo dirigirme a este… heraldo?

Oculto una sonrisa antes de hablar.

—Si os complace, mi señor, podéis llamarlo «el Sanguinor».

FIN DEL RELATO